

Reveldías

Arcadi Espada | Periodista.



Imagen: Jean-François Revel

Han pasado veinte años desde la muerte de Jean-François Revel, y sin embargo nada en él suena a pasado. Al contrario: la distancia cronológica lo afila. Revel murió en 2006, pero su obra y su manera de pensar y polemizar, han envejecido como envejecen los libros que no estaban hechos para el día, sino para la época. Contra el tiempo. Murió hace 20 años. Nuestro contemporáneo. Si queremos entender cómo se degrada una democracia, cómo se construye una mentira, cómo se fabrica una moda intelectual o una superstición política, basta leerlo. Revel es —y sigue siendo— el disidente que faltó en la segunda mitad del siglo XX y que nos faltaría hoy, si no hubiéramos tenido la suerte de que existiera.

Su primera rebeldía es la más íntima, la que menos se

exhibe y, por eso, la más decisiva. La Resistencia. El adolescente que rompe con su padre colaboracionista con el régimen de Vichy. El joven que decide combatir lo que en su propia casa, en su propio linaje, representaba la derrota moral de Francia. La ruptura fue doble: con su padre y con su tiempo. Y luego, cuando la guerra termina, su paso por el Partido Comunista; su descubrimiento, lento y profundo, de que aquella doctrina no respondía al mundo, sino que lo sustituía. De que el socialismo era, en realidad, una serie de explicaciones aplicadas mecánicamente a una realidad que no cooperaba. «La realidad refutaba las explicaciones que me habían servido hasta entonces». Eso lo cambia todo. Ahí empieza Revel: cuando la convicción cede ante la evidencia.

Su segunda rebeldía lo enfrenta a la cultura parisíen, la más poderosa maquinaria de santificación que tuvo Europa en el siglo XX. La cultura parisíen. Sartre. La encarnación suprema del desastre cultural francés de posguerra. Weightman. Aquel París era un teatro donde los actores fingían buscar la verdad mientras disputaban prestigios. Revel era el intruso que apagaba el foco. Su entrada en el mundo intelectual no fue una adhesión sino una interrupción. En el clima de reverencia automática hacia Sartre y hacia los nuevos mandarines, Revel introdujo una palabra prohibida: claridad. Ese París que vivía de consignas y de poses lo percibió como un profanador.

La tercera rebeldía es propiamente filosófica. *Pourquoi des philosophes?* (1957). Un libro que nace de una sospecha: que la filosofía francesa había dejado de pensar y había empezado a literaturizar. Filósofos desconectados de la ciencia. Metafísicas que ignoraban la biología, la psicología, la lingüística, la lógica. Después de Kant la filosofía es un género literario: no un ataque, una constatación. Y, sobre esa constatación, la crítica frontal al existencialismo y al estructuralismo, esas dos Iglesias intelectuales que dominaron la posguerra. Revel osa decir, cuando nadie se atreve, que el emperador está desnudo. Que la oscuridad no es profundidad. Que la dificultad no es inteligencia. Que si una teoría no puede ser explicada, quizá no haya sido pensada. En esa frase —nunca escrita, siempre implicada— se resume su filosofía.

Luego llega Mayo del 68. Para muchos, una liberación. Para Revel, otra ficción. «Es una de tantas ideas ficticias que pintan un pasado más represivo de lo que fue, lo que permite exaltar el presente como más revolucionario de lo que es». Revel no se dejó arrastrar por el entusiasmo adolescente. No confundió el ruido con la justicia. No consideró que derribar una clase magistral fuera lo mismo que derribar una estructura. Su análisis del 68 no pertenece al pasado: pertenece a la crítica del narcisismo político de todos los tiempos.

Pero si hay una rebeldía que le granjeó enemigos duraderos, fue su combate contra el antiamericanismo. El antiamericanismo: «Los Estados Unidos son un laboratorio de soluciones civilizatorias». Esa frase en Francia equivale a prender fuego al salón. Revel entendió que la demonización de Estados Unidos era un ejercicio de higiene moral: una forma de no pensar

los fracasos propios, una coartada para no enfrentar la modernidad. Thierry Meyssan aparece aquí como contrapunto. Meyssan: aclamado por el pueblo más inteligente de la Tierra. Revel usa la frase con ironía científica: la inteligencia no es una condición nacional, sino una capacidad para producir soluciones. Y nadie las producía, a finales del siglo XX, con más audacia que Estados Unidos. Esa idea, en París, era imperdonable.

A continuación, el periodismo; su territorio más arduo. El periodismo: anteponer agenda a verdad. La denuncia del gremialismo, del perro no come perro. Revel vio antes que nadie que la prensa podía convertirse en un instrumento de propaganda incluso sin censura estatal. Su salida de *L'Express* lo demuestra: lo que le importaba no era la afiliación política de un propietario, sino el principio mismo de independencia intelectual. Su defensa de Olivier Todd, como redactor-jefe, fue un gesto de honor en un oficio que rara vez lo recompensa. Revel sabía que, cuando un periódico empieza a obedecer a un poder, deja de obedecer a su lector. Y que la verdad no sobrevive mucho tiempo en esa servidumbre.

Hasta la gastronomía fue para él una escena de rebeldía. La *nouvelle cuisine*. Antiguos y modernos. Jean-Francois Ricard adoptando el apellido Revel. El restaurante Revel. Años 50. Estofado memorable. Lo aparentemente trivial era, en realidad, una lección de antropología: una cultura culinaria es una cultura moral. Cuando una sociedad renuncia a sus sabores, renuncia a su memoria. Revel defendió la cocina francesa con la misma energía con la que defendió la razón: sin nacionalismo, pero con respeto por lo que tiene forma, historia y técnica.

En la política encontró su gran laboratorio. Hace 40 años —40— Jean-François Revel escribió uno de sus contundentes artículos y lo tituló inequívocamente: «¿Hay que ser ignorantes para gobernar?» (*Le Point*, 2 de julio de 1984). Irene Montero ni siquiera había nacido y ya Revel escribía: «En los últimos decenios se ha visto aparecer una separación, por no decir una ruptura, entre la complejidad del mundo y la simplicidad del poder político». Y añadió la observación que atraviesa las décadas: la posguerra, dogmática e ideológica, sustituyó el arte de la conversación por la edad de la notificación. Las palabras ya no servían para comprender sino para dar cuenta, para “notificar”

el lugar ideológico o político donde se situaba uno o donde situaba al otro. Exactamente: las palabras al servicio de la política. Es decir, su extinción. «No es seguro que el hombre tenga gusto por la libertad y la verdad, aunque sea en contra de su interés. ¡A veces, el hombre es muy desinteresado!».

Y entonces llega *El conocimiento inútil* (1988). La radiografía definitiva de la mentira política. «La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira». Revel anticipa las guerras culturales actuales, las burbujas informativas, el sesgo de confirmación. Si antaño el gran enemigo de la humanidad era la ignorancia, hoy lo es la falsedad. La información no garantiza la verdad: la deforma. «A veces, en las democracias, los peores ataques contra la libertad de la prensa proceden de la misma prensa». Y el diagnóstico final, que hoy resuena como un parte forense: «La democracia no puede vivir sin la verdad».

La posverdad (el posrevel) ilumina la gran paradoja de nuestro tiempo: nunca tuvimos mayor facilidad para saber lo que es verdad y nunca la verdad importó menos.

Cronología

1924: Nace en Marsella.

1960-1963: Redactor jefe de las páginas literarias de *France-Observateur*.

1978-1981: Director de *L'Express*. Antes había sido editorialista literario y político.

1986: Premio Konrad Adenauer.

1986: Doctor honoris causa por la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala.

1988: Premio Chateaubriand.

1997: elegido miembro de la Academia Francesa.

2004: Gran Cruz de Isabel la Católica.

2006: Muere en Kremlin-Bicêtre, Val-de-Marne.

Para saber más

J.F. Revel, *El conocimiento inútil*, 1988 (Planeta, 1989)

- *El renacimiento democrático*, 1992 (Plaza y Janés, 1992).

- *La gran mascarada*, 2000 (Taurus, 2000).

- *La obsesión antinorteamericana*, 2002 (Urano, 2003).

- *Memorias. El ladrón en la casa vacía*, 1997 (Gota a gota, 2007).

J.M. Aznar y M. Vargas Llosa, *Elogio a un liberal. Homenaje a Jean François Revel*, Faes, 2007.

Síguenos en



hola@clubtocqueville.com
www.clubtocqueville.com

ISSN: 2696-712X

El Club Tocqueville no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas en los textos que publica.

© Club Tocqueville y los autores.